

# CUENTOS ERÓTICOS DIOCESANOS

José Antonio Carro Celada

Algún día tendrá que contar Antonio Pereira por qué su último libro de relatos "Los brazos de la griega" se podría haber llamado "Cuentos eróticos diocesanos", que también hubiera sido un buen título.

Durante la sobremesa de la comida-homenaje que la Casa de León en Madrid ofreció a Luis Alonso Luengo, todavía frescos los olores del cocido maragato, me explicaba Antonio la clave, el génesis, la primera anécdota en que se fundamenta su literatura erótica diocesana, Alto tiene que ver esa anécdota con una pareja de enamorados astorganos, miembros de la rondalla, que visita El Bierzo; pero no la voy a reproducir, tiene que contar Antonio esa historia, que ya lo ha prometido y está apalabrado desde aquella tarde.

El erotismo que burbujea en los cuentos de Pereira es diocesano no únicamente porque lo calzan unos personajes que viven en la circunscripción diocesana de Astorga (Villafranca, Arganza, El Barco de Valdeorras, etc.) sino también porque sus voluptuosidades se entrecorren de inercias morales. A veces la secuencia erótica se detiene a medio camino entre la insinuación y el pudor; otras se demora, más solo lo justo, entre precavida y audaz. Así en "Las peras de Dios" el relato se aviva de imágenes eróticas en dos planos, el del recuerdo y el del presente narrativo, pero se desbloquea con un debate moral que en cierto modo lo diocesana.

Ya antes, en una anterior entrega, Antonio Pereira había publicado -también con marco diocesano- unas "Historias veniales de amor", título casi paralelo al que pudo tener su último libro, pues al fin y al cabo los términos "veniales" y "diocesanos" pertenecen al espectro semántico de lo religioso.

En "Los brazos de la griega" hay otras cosas que no se inscriben en lo erótico aunque sí en lo diocesano. Hay cuentos que ocurren en la Umbría italiana, región que produce "historias intercambiables" con la tierra del Bierzo. Más

todavía, el cuento que da nombre a todo el libro se desarrolla en el Nepal, sin embargo acabamos comprobando que en aquel país tan exótico Pereira ha visto a un hombre que se "parecía al señor Adolfo el de Ambasmestas" y en el santuario de Daksin Kali ha encontrado paralelismo con el del Cebrero. Le pasa como a su paisano Gil y Carrasco que viendo el Rhin cree estar contemplando el lado de Carucedo.

De vez en cuando Antonio Pereira de sus ahondamientos bercianos extrae también breves recuerdos, alusiones que atestiguan esa fraternidad astorgano-villafranquina a la que alguna vez me he referido. Si en "Historias veniales de amor" elogiaba las orlas y viñetas de la tipografía astorgana conocida a través de los programas violáceos de la Semana Santa de Villafranca, en "Los brazos de la i griega", concretamente en "El sitio del inglés", recoge el erotismo fino y novelero de una canción que cantaba la rondalla astorgana, probablemente la de "Los Macacos".

Para qué glosar las calidades narrativas de Antonio Pereira, su eficacia, su textura poética, su lenguaje, su maestría en el contar; le basta como elogio ser heredero de los fabuladores del villafranquino barrio de los Tejedores.